



Cristián Rodríguez

¿Ha abdicado del trono la Filosofía?

fundía con la moral religiosa; que a la Psicología se ascribiera el estudio del "alma", y que ésta sirviera de eslabón que la uniera con la Teología; en fin, que la Biología fuera una lucubración puramente filosófica, de modo que por el camino del "Conócete a Ti Mismo" se llegara a penetrar el secreto tanto del mundo interno como del mundo externo; que el mundo se definiera por medio de aforismos, como los de Hermes Trimegisto, que decía "Lo que está arriba es como lo que está abajo, para constituir el misterio de una sola cosa," y aun podría agregarse la superstición pitagórica de que los números tienen existencia real fuera de los objetos que por medio de ellos se enumeran, que los números son ritmo y por lo tanto música y que el iniciado puede escuchar la Música de las Esferas de que hablan los Versos Dorados. Todo eso pertenece a la infancia de la Filosofía que al madurar fue abandonada poco a poco por sus hijas, como otro Rey Lear. Sólo hubo una Cordelia que parecía serle fiel hasta el final: la Epistemología.

Pero he aquí que surge de pronto en Dinamarca un filósofo que hubiera permanecido anónimo, si don Miguel de Unamuno no lo hubiera desenterrado y puesto en boga y de

moda. Era natural que don Miguel sintiera cierta afinidad con Soren Kierkegaard, sobre todo por eso de no temer entrar en contradicciones y reservarse el derecho de cambiar de modo de pensar, como el **pensiero** en el caso de la mujer que es **domina mobile**. Pero Unamuno no se propuso crear o inventar un sistema filosófico, como ni siquiera lo intentó en la más enojada de sus obras, "Del sentimiento trágico de la vida". Lo cierto, sin embargo, es que Unamuno nos hizo un hijo macho al ponerle al danés el proyector de su prestigio como pensador europeo, además de español. Pero habiendo desatado las tinieblas del mal, la cosa quedó fuera de su dominio, y así por el portillo abierto por el enorme vasco se metió una caterva de filosofastros que acabaron por embrujar al mundo en la primera mitad del siglo XX: Husserl, Heidegger, Sartre, Marcel, don José (Ortega y Gasset), y toda la non-santa hermandad de los filósofos de cátedra.

Según uno de sus más distinguidos voceros, a quien todos debemos agradecerle la claridad e ingenuidad con que define la Filosofía de la Existencia, la Filosofía existencialista renuncia a abordar los problemas del

conocimiento o epistemología, y se resigna al papel de amanuense del hominíaco, mal apodado **Homo sapiens**, y limita los intereses del pensamiento filosófico a abanicar al susodicho hominíaco, engañándolo y haciéndole creer que es la medida de todas las cosas y que lo único que preocupa a la Filosofía y debe interesarle es el hombre que se hace constantemente, es natural que el hombre cambie, pero eso de que él se hace a sí mismo es robarle el dinero. Para darle alguna dignidad a la filosofía existencialista, que todavía no sabemos qué es, aunque sí sabemos qué objeto se le asigna: el primate, el más adelantado de los simios, pero que jamás podrá regresar a la condición del común antecesor cuadrúmano, que cometió el error de abandonar el paraíso de los árboles, descendiendo a la tierra y adoptando la posición erecta, es decir, la de **mamífero vertical**, que decía don Miguel, con lo cual se granjeó toda una serie de calamidades fisiológicas, de que están exentos los felinos y los caninos. En efecto, el hombre al adoptar la verticalidad en el porte hizo, según explican los biólogos, que las vísceras descansan unas sobre otras y queden sometidas a presión dentro del abdomen, perpendicular al suelo, en vez de continuar paralelo a éste. Las vísceras de los cuadrúpedos, en posición más horizontal, sufren menos de las calamidades típicas del bípedo implume.

Por fortuna, la abdicación de que hablo está circunscrita a los existencialistas y hay una corriente filosófica, cada vez más poderosa, que hace de todo el universo el dominio legítimo de la Filosofía, como en lo mejor de la tradición filosófica, pero utilizando instrumentos más eficaces y ciertos que el mero especular en el vacío.